

EL CONTROL DEL “TIEMPO LIBRE” DE LA CLASE OBRERA DE ANTIOQUIA EN LA DÉCADA DE 1930*

“El ahorro de tiempo de trabajo corre parejo con el aumento del tiempo libre, o sea tiempo para el desarrollo pleno del individuo, desenvolvimiento que a su vez reaccúa como máxima fuerza productiva sobre la fuerza productiva del trabajo”.

(K. Marx, *Grundrisse*, 1857-1858)

INTRODUCCION

En el esclarecimiento de las formas sociales que pudieron condicionar, de uno u otro modo, el rápido desarrollo de la economía de Antioquia en las primeras décadas de presente siglo, uno de los capítulos más importantes lo constituyen las manifestaciones de *control social* que cobraron especial intensidad en esa región del país. La posibilidad del control que pudieron ejercer los industriales antioqueños, después de 1945, sobre el *tiempo libre* del obrero fabril en función de los objetivos productivistas de sus empresas, tiene sus raíces más inmediatas en los diversos controles sociales que la Iglesia Católica logró alcanzar, en la década de 1930, sobre importantes sectores de la sociedad, en particular, sobre el naciente obrerismo industrial.

La aparición de agrupaciones populares -que en Antioquia tuvieron el carácter de verdaderas organizaciones de masa- mediante las cuales la Iglesia, a través de la *Acción Social Católica*, buscó dirigir en el país el movimiento de las clases trabajadoras en los años 20 y 30, está estrechamente ligada, como reacción, a la influencia que las ideas socialistas y comunistas empezaban a tener en los medios intelectuales y obreros de la nación. La Acción Social Católica tuvo, desde su creación en Colombia, la finalidad expresa de contrarrestar este influjo en los medios obreros del país;

*Este artículo aborda un aspecto parcial de la investigación sobre “La clase obrera y el desarrollo de la productividad del trabajo industrial en Colombia”, que el autor adelanta con el apoyo del CONSEJO DE INVESTIGACION Y DESARROLLO CIENTIFICO de la Universidad Nacional. El autor es Profesor Asistente del Departamento de Sociología.

sin embargo, tal vez en ninguna otra región obtuvo los resultados sorprendentes que alcanzó en la clase obrera antioqueña.

En efecto, en el contexto de las reformas sociales de los años 30, la reducción de la jornada de trabajo implicó el aumento del “tiempo libre” de amplias masas de trabajadores y, paralelamente, la posibilidad de introducir en él cierto número de presiones políticas, culturales y religiosas. En Antioquia, la Acción Católica ejerció sobre la conducta, fuera del trabajo, de grupos de individuos una acción intensa de la que, en escala colectiva, derivaron resultados insospechadamente favorables para la economía.

En su lucha para detener la influencia de las ideologías de corte socialista, la Acción Católica orientó su actividad para evitar que el obrero antioqueño proyectara en su tiempo libre preocupaciones e intereses políticos, frustraciones o vicios, buscando más bien que desarrollara en él las virtudes y costumbres cristianas así como actividades *complementarias* al trabajo. Al introducir, de este modo, una serie de controles religiosos y morales en el tiempo del no-trabajo, la Acción Católica impidió que el trabajador antioqueño reservara sus mejores fuerzas y energías para lo que haría fuera del trabajo y, en consecuencia, logró que las dirigiera y mantuviera de modo absorbente dentro de él.

De esta manera, las actividades controladas del tiempo libre de los trabajadores llegaron a constituirse en una de las condiciones indirectas más favorables para el desenvolvimiento de la productividad del trabajo en Antioquia, especialmente en las fábricas.

Para apreciar exactamente el alcance de este fenómeno es necesario estudiar, superando la documentación política de los años 30, la composición social de los individuos que la Acción Católica logró movilizar durante esta década, incluyendo a sectores sociales diferentes al obrerismo propiamente dicho. La base documental de este artículo está constituida por un semanario que ejerció una gran influencia en Antioquia y que ha sido poco estudiado aún, *El Obrero Católico*, de Medellín, órgano oficial de la Acción Católica antioqueña. La naturaleza del documento no permite, tal vez, un estudio estadístico social muy preciso; el vocabulario mismo es ambiguo sobre todo cuando se refiere a ciertas realidades sociales. Con todo, es posible extraer de él aproximaciones numéricas y rasgos característicos que pueden arrojar luz suficiente sobre la magnitud y extensión del fenómeno del control del tiempo libre en Antioquia. En algunos casos será necesaria una complementación en base a periódicos, estadísticas oficiales o artículos de la época.

I. LAS SOCIEDADES DE MUTUO AUXILIO EN ANTIOQUIA

Durante la segunda mitad del siglo XIX se organizaron en diferentes regiones del país asociaciones de raíz popular que tenían como finalidad el auxilio mutuo de sus afiliados. En Antioquia, estas organizaciones fueron promovidas principalmente por la Iglesia y tenían, por ello, un carácter exclusivamente religioso; sin embargo, paulatinamente fueron derivando hacia sociedades de mutuo auxilio, de ahorro, de socorro para la vejez y muerte, de seguro contra los accidentes de trabajo y enfermedades, y cesantía.

La Congregación de Obreros de San José, de Medellín, ilustra la naturaleza de esta evolución. Fue creada en agosto de 1846 por los jesuitas y llegó a contar hasta 600 congregantes. Estaba tan sólidamente constituida en torno a obras y ejercicios

piadosos que cuarenta años después, al regreso de los jesuitas en 1884, conservaba aún su primitiva organización. Después de varios altibajos, fue entregada su dirección al sacerdote Germán Montoya, Director de la Acción Social Católica, en la década de los 20's. En 1931 se fundó la Sección de Mutuo Auxilio de la Congregación y en 1934 la sección de entierros. Poco después la de Auxilio de Enfermos.

Otra sociedad muy antigua era la del *Coro Andante del Corazón de Jesús*, fundada en 1885 en Rionegro, por un grupo de 30 socios en su mayoría artesanos dedicados a la zapatería, carpintería y herrería, aunque también algunos agricultores (1). Luego de algunas interrupciones, el coro se convirtió en la *Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús* la cual, poco después de 1914, instauró el auxilio para entierro de los socios. Funcionaba también en Rionegro, desde 1896, la *Sociedad de Socorros Mutuos*, conformada desde un principio no sólo por artesanos sino también por propietarios rurales acomodados y profesionales (2).

Con características más o menos similares funcionaban la antigua *Sociedad de la Santa Cruz* de Caldas (A), la *Sociedad de Artesanos* de Sonsón y otras más en la ciudad de Medellín y en los municipios del departamento.

Ahora bien, mientras que en algunas regiones del país la Iglesia Católica colombiana en su política de contrarrestar la influencia comunista y socialista entre los trabajadores impulsó la creación de sindicatos y sociedades de auxilio mutuo, en Antioquia contó con una cobertura suficientemente amplia en la existencia de multitud de aquellas asociaciones. Es por ello que, a comienzos de los 30's, la Acción Social Católica se dio a la tarea, no de crear, sino de reorganizar y centralizar bajo una *dirección única* aquella diversidad de sociedades, con frecuencia mal instituidas y aisladas entre sí (3).

La idea de una *organización general* que agrupara los antiguos núcleos de trabajadores de Antioquia y bajo la orientación central de la Acción Social Católica, fue clave desde un comienzo. Asimismo, la posibilidad de disponer este organismo central de un personal, laico y eclesiástico, intelectual y políticamente preparado en la cuestión social: "Creemos que una organización general dirigida por los individuos que entre nosotros son versados extensamente en estos temas porque a ellos se han dedicado desde hace años, particularmente y en las corporaciones públicas, sería una garantía de mejor protección al pueblo obrero asociado para los fines atrás escritos. Bajo la vigilancia rigurosa pero generosa y científica de una entidad tan honorable como la Acción Social Católica, hombres y mujeres unidos para socorrerse mutuamente obtendrían una mayor estabilidad en los auxilios, no habría peligro de escamoteos que echaran a perder las cuotas individuales, se les daría más seriedad a las instituciones y todos los inscritos en ellas podrían adquirir muchos beneficios" (4).

(1) El Obrero Católico, Medellín, febrero 6 de 1932

(2) *Ibid*

(3) "Nos proponemos trabajar con intensidad en este año por la organización científica y ventajosa de los núcleos obreros de las poblaciones. Sin más tutela que el nombre de Cristo, federado al amparo del sacerdote y una junta directiva compuesta por los mismos obreros, el pueblo alcanzará su mejoramiento moral e intelectual, al par que será el hombre cada vez más práctico, hábil en sus tareas, por las instrucciones que bajo la asociación ha de obtener. En casi la totalidad de los municipios del cañón existen las organizaciones obreras. Sin embargo, estas asociaciones carecen de una organización homogénea, si se quiere científica." *Ibid.*, enero 16 y mayo 14 de 1932.

(4) *Ibid* mayo 14 de 1932

Pero, con ¿qué cobertura material contaba la Acción Social Católica para hacer este tipo de llamamientos? ¿Y quiénes eran estos individuos política e intelectualmente capacitados en los problemas obreros?

Para lanzarse a una empresa de tal amplitud, la Acción Social Católica había venido construyendo desde las dos décadas anteriores, en Antioquia, una infraestructura organizacional de gran alcance. En primer lugar, la Acción Social Católica contaba ya con el apoyo de la *Juventud Católica* de Medellín, fundada hacia 1913. Compuesta por jóvenes católicos militantes, estudiantes y maestros de escuela en sus inicios y luego también por obreros, constituía una de las organizaciones más activas de la jerarquía antioqueña para la difusión y defensa de las ideas católicas. Sus militantes se dedicaban, principalmente, a la enseñanza en las escuelas dominicales para obreros (1), aunque también a la propaganda católica a través de hojas volantes, folletos y libros en los medios estudiantiles y obreros. Desde la década del 20 venía operando cada vez más bajo la influencia de la Acción Social Católica y terminaría por ser asimilada, en 1932, como una dependencia más de esta última. Contaba también la Acción Social Católica con la *Sección Sindical del Patronato de Obreras* de Medellín, sección fundada en 1919 y que ya en 1925 tenía 215 obreras (2). Mediante esta división, la Acción Social Católica difundía hojas volantes en las fábricas de Medellín en contra de las sociedades socialistas de la ciudad. La Acción Social Católica controlaba igualmente, desde 1920, a través de su director, sacerdote Germán Montoya, la principal organización obrera de Medellín, la ya mencionada *Congregación Obrera de San José*, que agrupaba ya en 1930 en torno a sus obras cerca de 600 trabajadores.

Por otro lado, en 1924 el director de la Acción Social Católica y el presidente de la Juventud Católica de Medellín habían fundado, bajo el auspicio de la jerarquía eclesiástica, el semanario *El Obrero Católico*, a través del cual se perseguía no solo la y hacerla progresar”, sino también “el complemento de su labor (de la Juventud Católica) en las Escuelas Dominicales para los obreros” (3). Se había dado comienzo así al trabajo de centralización y autonomía de la prensa católica, obra que culminaría a principios de los 30's cuando casi todos los periódicos, semanarios, boletines, hojas semanales y revistas católicas de las parroquias y municipios de Antioquia estaban ya bajo el influjo, directo o indirecto, de la Acción Social Católica (4).

En esta amplia cobertura que la Acción Social Católica iba disponiendo en Antioquia, una de las redes de información y de control más eficaces que venía utilizando era la de las *parroquias*, que constituían, por así decirlo, la célula principal de la Acción Social Católica en barrios y municipios y en torno a la cual se organizaban las distintas asociaciones de hombres, mujeres y jóvenes católicos. Bajo el diligente control de los párrocos se disponía, en efecto, de grupos de *laicos militantes* y de *asociaciones femeninas* dedicados bien a la difusión ordenada de la prensa, libros y

(1) *El Obrero Católico*, No. 1, noviembre 22 de 1924.

(2) Gaviria Toro, José, “Monografía de Medellín, 1675-1925”, pág. 172.

(3) *El Obrero Católico*, *ibid.*

(4) Así, en Medellín fuera de “*El Obrero Católico*”, se editaban *La Buena Prensa*, *Hojita de los Niños*, *Familia Cristiana*. En los municipios de Antioquia, entre otros: *El Popular y Espigas Eucarísticas*, en Sonsón; *El Mensajero de María*, en Rionegro; *Trabajo y Paz*, en Bello; *Labor y Fe*, en Támesis; *La Hojita del Corazón de Jesús*, en Titiribí, etc. Monsalve, Diego, “Monografía estadística del Departamento de Antioquia”, Medellín, 1929, pág. 196 y ss. *El Obrero Católico*, Febrero 6 de 1932.

propaganda católicos, bien a la vigilancia de las *Casas y Patronatos de Obreras* o bien a participar en campañas moralizantes sobre el cine y los espectáculos públicos y en manifestaciones y fiestas religiosas.

Entre los laicos católicos, contaba la Acción Social Católica con un grupo destacado de diputados a la Asamblea de Antioquia, a través del cual era frecuente que presentara diversos proyectos de ley para el mejoramiento de los sectores populares. Así, en las sesiones de 1929, se había introducido un proyecto de ordenanza por el cual se fomentaba, bajo la dirección de la Acción Social Católica, la fundación de una cooperativa de consumo (1).

Sobresalían entre otros diputados de 1929 un Mariano Ospina Pérez o un José Roberto Vásquez, activos colaboradores de la Acción Social Católica en los problemas concretos más importantes: la cuestión sindical, las cooperativas de consumo, etc. Así, el ingeniero Ospina Pérez había dictado, en enero de ese mismo año, una conferencia a los obreros de la *Congregación de San José* de Medellín sobre el tema de “Las cooperativas de consumo y el problema de los jornales”. En esta exposición se perfiló ya una de las ideas matrices que se abriría paso y orientaría las tareas de la Acción Social Católica antioqueña en los años 30’s: la concepción de que el problema social sólo era susceptible de solucionarse con la aplicación de los planteamientos sociales de la Iglesia Católica, pero estos no podrían realizarse plenamente mientras los principios de la “dirección científica” no penetraran el mundo del trabajo.

Después de destacar la importancia de las cooperativas o del ahorro previsivo que se practicaba en la Congregación obrera, el conferencista explicaba cómo los economistas del mundo entero estaban de acuerdo en una fórmula de bienestar general: “Salario máximo para el obrero, con el rendimiento máximo para las empresas, buscado por medios que correspondieran al minimum de esfuerzo” (2), entendiendo por este último no la holgazanería sino el perfeccionamiento de los métodos hasta el momento empleados para trabajar en la industria. El desideratum de justicia para el pago de los obreros eran en consecuencia, los sistemas de salarios, como el de contrato, en que se consultaba la lógica ambición de ganar en proporción al trabajo ejecutado (3). No era extraño, entonces, que en la práctica naciones no católicas, como los Estados Unidos, estuvieran aceptando de ese modo los principios sociales de la Iglesia católica (4).

La Acción Social Católica disponía, entonces, en Antioquia al finalizar la década de los 20 de una organización interna que la convertía en uno de los más firmes baluartes de la Iglesia Católica en el país. En cuestiones de organización interna contaba, por lo demás, con la asesoría clave de la *Compañía de Jesús*, algunos de cuyos miembros habían sido sus directores. Empero, la función de la Acción Social

(1) **La Defensa**, Medellín, enero de 1929, en “Artículos de prensa de Mariano Ospina Pérez” Fundación Mariano Ospina Pérez, Tomo I, pág. 6. En 1933, promovió una ordenanza del departamento que dispuso una subvención de quince mil pesos para los establecimientos de beneficencia y asistencia social de la Acción Social Católica de Medellín. **El Obrero Católico**, abril 8 de 1933.

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.*

(4) *Ibid.* En este tipo de conferencias como en los editoriales de **El Obrero Católico** era frecuente la insistencia en la reivindicación científica de la idea cristiana. Con este tipo de llamados se trataba, sin duda, de imponer a los adversarios el respeto a la fe y a los seguidores la necesidad social de la fe y el deber individual.

Católica era esencialmente defensiva: buscaba concentrar más las filas del catolicismo y fijar mejor ciertos principios a fin de lograr una militancia católica más esforzada para luchar contra la apostasia de las masas que se veía venir en el país. En este empeño, el movimiento obrero era al comenzar los años 30 el objeto de su preocupación.

II. LA ACCION SOCIAL CATOLICA Y LA ORGANIZACION DE LOS CENTROS OBREROS

La Acción Católica se dio, pues, a la tarea de nuclear en torno suyo grandes masas de trabajadores, concentrando las antiguas sociedades e incluso algunos gremios en organizaciones, de barrio o municipales, a las que en adelante se denominó *Centros Obreros*. Las circunstancias de penuria de la época llevaron a que la Acción Social Católica planteara de modo directo la *cuestión social* (y en ello estribó su éxito en las antiguas sociedades populares): el problema social no era sólo de índole moral y religiosa, sino también, y de modo especial, de carácter económico: “Deseamos que le problema social -decía el editorialista de *El Obrero Católico* en 1932- sea tratado francamente, y a puertas abiertas, que las enseñanzas cristianas sean exprimidas en su valioso jugo para que pueda gustarse la miel de sus resultados que es el alimento sencillo de la justicia. Nadie puede llamarse a ignorancia o indiferencia sobre la cuestión social... El pueblo sufre pesadumbres y vacilaciones, mientras la riqueza se ha acumulado en unos cuantos” (1).

En consecuencia, la cuestión social debía ser resuelta no sólo con la caridad cristiana o el juicio de la religión, sino al mismo tiempo con los postulados de la justicia y el mejoramiento efectivo de las condiciones de vida del pueblo: “Con esta organización social se pretende elevar la categoría de los obreros. Ellos pueden aspirar porque son hombres iguales a todos los hombres en su esencia metafísica y porque, como todos, fueron creados para el mismo fin. Nada de regateos por parte de los de mejor suerte. Vosotros sois ricos siendo hombres como los obreros. Estos han sufrido mucho y debéis suavizar su situación” (2).

En la centralización y reorganización de las antiguas sociedades se respetó, por tanto, algo que había sido su razón de ser, a saber, la lucha por el mejoramiento de las condiciones de existencia, pero también su relativa autonomía. En efecto, cada *Centro Obrero* era un cuerpo “federado al amparo del sacerdote y de una junta directiva compuesta por los mismos obreros”. Las relaciones entre la dirección central de la Acción Social Católica en Medellín y los *Centros Obreros* de los barrios de la ciudad y de las parroquias de Antioquia, se caracterizaban por constituir un sistema en el que cada *Centro Obrero* continuaba rigiéndose por normas propias, por instituciones distintas (mutuo auxilio, entierros, bandas, etc.), incluso con los antiguos nombres, aunque sujetos a la orientación y decisiones de aquella directiva centralizada (3). Este tipo de dirección, con características popular-democráticas, ya que la junta directiva de cada *Centro* la constituían los mismos obreros, con elecciones anuales propias, no era, por lo demás, incompatible con los principios de Pío XI, principal impulsador de la Acción Católica.

(1) *El Obrero Católico*, enero 9 de 1932

(2) *Ibid.*, enero 16 de 1932.

(3) *Ibid.*, octubre 6 de 1934

La absorción de las sociedades existentes se realizó, entonces, sin mayor dificultad, la mayor parte de las veces de modo voluntario. Así, la antigua *Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús* de Rionegro solicitaba, en 1932, confederarse “con las Asociaciones Obreras que dirige la Acción Social Católica para propender por la observancia de los principios cristianos en la vida social!” (1). La *Congregación de San José*, de Medellín se constituyó, a su vez, en el centro matriz de la organización, etc.

Mediante los *Centros Obreros*, la iglesia antioqueña fue creando una organización de masa, destinada a constituir un cuerpo militante (2), más esforzado y disciplinado, que sirviera de barrera a la influencia comunista, pero también orientado a mejorar el nivel de vida de los obreros. Pero no sólo en el tipo de organización sino aún en el mismo lenguaje empleado, la Acción Social Católica se servía de las armas tomadas en préstamo del arsenal del adversario:

“OBREROS Y CAMPESINOS: Nuestra consigna es Jesucristo. Organizáos en nuestras asociaciones católicas. Allí encontraréis tutelados vuestros derechos. Allí formaréis vuestra conciencia de hombres dignos. Allí hallaréis vuestro mejoramiento económico. Allí estaréis en la paz de Dios. Allí seréis la legión innumerable e invencible que lucha contra el adversario que os defrauda. Ingresad en la federación de obreros católicos. PROLETARIOS CRISTIANOS DE COLOMBIA: UNIOS EN CRISTO” (3).

A pesar de las diferencias de organización interna, la educación de estas milicias católicas, a través de la *confesión* y del *sermón*, era en esencia la misma en todos los *Centros Obreros* de la Arquidiócesis. La reunión de cada *Centro Obrero* era mensual; se realizaba el día domingo, pero era preparada desde el sábado anterior mediante la *salve* y la *confesión* de los asociados. El domingo en la mañana se llevaba a cabo la *misa solemne*, con *comunión general*, y *sermón* del sacerdote director del *Centro* respectivo. Luego venía la reunión de los obreros que ocupaba generalmente toda la jornada dominical; se leían las *actas*, se analizaba el funcionamiento de las secciones de *mutuo auxilio*, de *ahorros*, de *entierros*, etc. Se dictaban conferencias a los trabajadores por parte de sacerdotes o laicos, universitarios o profesionales, por lo general pertenecientes a la *Acción Católica*, o por parte de trabajadores capacitados de la *Congregación de San José*. El examen de *El Obrero Católico* de 1932 permite apreciar que los temas más comunes de estas conferencias fueron: el *socialismo* y el *cristianismo*, la *buena prensa*, la *influencia social* de la *mujer*, el *alcoholismo*, la *importancia* de la *Acción Católica*, las *pasiones* desde el punto de vista de la *psicología*, etc. A continuación se hacía el *recibimiento* de los nuevos socios y se distribuía *El Obrero Católico*, ya que cada *Centro* constituía el principal foco de *difusión* del *semanario*. Finalmente, en la *función nocturna* se efectuaban

(1) *Ibid.*, febrero 6 de 1932.

(2) El juramento de entrada de los obreros católicos era particularmente severo: “Juráis solemnemente ante Dios y ante la Patria, como obreros honrados y libres, defender, sostener y propulsar todas las obras de la Acción Católica...? ¿No pertenecer jamás a ningún centro, secta o asociación contrarios...? ¿No hablar ni permitir que otros digan nada contrario a nuestro Centro Obrero...? ¿Como soldados fieles de Cristo defender los nobles ideales de nuestra fe católica?” *Ibid.*, abril 7 de 1934.

(3) *Ibid.*, julio 16 de 1932.

rifas de regalos, obsequiados por las empresas de Medellín, se escuchaban audiciones musicales y se veía cine de carácter moral (1).

Contando de todos modos con la religiosidad tradicional arraigada en el alma popular, los *Centros Obreros* tendían ahora a mantener los resultados de su práctica y a *ampliarlos entre la masa obrera*, por ejemplo, la confesión y la comunión *mensual*, y no ya su práctica *anual* con la que se satisfacía consuetudinariamente la Iglesia Católica.

Pero a través de los *Centros Obreros* empezaba a ejercerse igualmente cierta forma inicial de control de tiempo libre, sobre todo del empleo del domingo. Por medio de las páginas de *El Obrero Católico* se instaba a los afiliados a los *Centros* a destinar ese día benéficamente en función de la familia o de las diversiones sanas: “El domingo debería dedicarse a la familia. Es desgracia grande de nuestra época las dificultades que encuentra la familia para mantener la vida familiar sobre todo en las ciudades populosas. ¡Qué bueno fuera en el día festivo reunirse la familia y pasar todo el día estando juntos!” (2). Mas las diversiones eran asimismo uno de los capítulos más importantes del día festivo: “Divertirse es lo mismo que recrearse; y recrearse significa reparar lo que se había perdido, volver a crear. Recreáos, pues, para la semana, y para recrearos divertíos. Pero la diversión sea honesta. Lejos de vosotros, los cristianos, las diversiones que hoy seducen a los mundanos; lejos esas diversiones desenfrenadas, viviosas, torpes: La taberna indecente, la romería desenvuelta, el baile sensual, el garito innoble, la orgía, el espectáculo licencioso, la reunión ocasionada y cómplice, el amorío ilegítimo... Buscad el domingo la diversión honesta, el esparcimiento deleitoso, la fiesta al aire libre, el campo, la risa franca y sin malicia ni degradación” (3). Así, la idea de emplear el tiempo del no-trabajo en función del tiempo de trabajo aparecía, aunque todavía sin mucha claridad.

En otro artículo dirigido a los obreros jóvenes, traducido de la “*Jeunesse Ouvriere*” y reproducido por *El Obrero Católico*, se precisaba aún más el problema: “La bondad de la clase obrera depende en gran parte de la manera como la juventud que percibe salarios utilice el tiempo libre. Nuestro porvenir no se forja sólo en los talleres donde aprendemos a ganar el pan; se forja mejor, quizá, durante las horas de reposo... En nuestros tiempos todo el mundo reconoce la triple necesidad de estos ratos vacantes para los obreros: mejoramiento de la salud, necesidad de distraerse y perfeccionamiento profesional, intelectual y moral... Continuando nuestras obras en favor de los jóvenes a quienes el trabajo a veces priva del reposo necesario a la salud, procuraremos multiplicar nuestros servicios de bibliotecas, veladas, salones de recreo, reuniones familiares, círculos de estudios, paseos, cursos profesionales, etc. (4). De este modo, se profundizaba más en la necesidad de ejercer sobre la conducta fuera del trabajo de los obreros cierto tipo de controles e introducir en ella cierta clase de actividades. Sin embargo, la Acción Social Católica estaba aún lejos de formular una política coherente sobre el problema, para lo cual se necesitaría que maduraran en el país otras condiciones convenientes.

A través del periódico católico se operaba, además, toda una labor de educación

(1) *Ibid.*, febrero de 1932, abril 23 de 1932, mayo 14 de 1932

(2) *Ibid.*, febrero 27 de 1932.

(3) *Ibid.*

(4) *Ibid.*, abril 8 de 1933

en el trabajo *sin desligarla del buen empleo del tiempo*: entre los deberes del obrero se señalaba la necesidad de “ser honrado en el trabajo, cumplido en sus compromisos con el patrón, puntual y disciplinado. Ser juicioso, prudente en la comida, madrugador, aseado, correcto en el trato con los demás, parco en hablar, reflexivo en el modo de proceder” (1). Se insistía, ante todo, en la puntualidad: “En primer lugar, (el obrero) debe ser cumplido en las horas de entrada a su trabajo pues no lo excusa de su impuntualidad sino una causa grave” (2).

Usar el tiempo libre en forma de trabajar mejor después, ser ordenado y honrado en el trabajo, tener espíritu ahorrativo y previsor: tales eran los consejos habituales a los obreros desde *El Obrero Católico* y en los *Centros Obreros*, exhortaciones que recordaban las de los ministros puritanos de la Inglaterra de la segunda mitad del siglo XVII.

III. COMPOSICION SOCIAL Y COBERTURA DE LOS CENTROS OBREROS

Un análisis de la composición social y ocupacional de los *Centros Obreros* muestra hasta qué punto el término “obrero” no es totalmente apropiado para comprender qué grupos profesionales se movían en torno aquellos centros. La población “obrero” de los *Centros* antioqueños se caracterizaba, en efecto, por la gran dispersión y múltiples categorías: campesinos, artesanos, obreros fabriles, mineros, pequeños patronos artesanales, empleados e incluso profesionales. Por ejemplo, en el *Centro Obrero* de Rionegro se destacaban pequeños agricultores y zapateros; en el de Cisneros, además de agricultores, se encuentra un ingeniero en su junta directiva; en el de Guarne predominan los productores de cabuya; en el del Carmen de Viboral, artesanos dedicados a la cerámica. Al *Centro* de Caldas (A) pertenecen herreros, “agricultores de los alrededores” y operarios de las fábricas de vidrio y loería; al de Bello, obreros de las fábricas textiles y del Taller del Ferrocarril de Antioquia, además de algunos agricultores (3).

El *Centro Obrero San José* de Medellín era, tal vez, el más heterogéneo de todos y un análisis de su Junta Directiva posibilita precisar las categorías socioprofesionales que se destacaban más en los *Centros*, sobre todo en los urbanos. La Directiva elegida en 1937, pero que era casi la misma de 1933, tenía como presidente al doctor Jesús Mejía Uribe, *médico* pediatra, escritor y varias veces diputado a la Asamblea de Antioquia; vicepresidente, José Uribe G., “*farmacéutico* muy distinguido de Guarne”; secretario general, Daniel Correa, *especialista en tintorería* en Fabricato; secretario auxiliar, Daniel Restrepo, *institutor y estudiante* de Derecho; Tesorero, Samuel Gutiérrez, *comerciante*. Comisión de credenciales, Jesús Castrillón, *mecánico* de Coltejer; Sección de Entierros, Félix Obando, *fotógrafo*; Beneficencia de la Congregación, Miguel Angel Palacio, “*obrero* de la Fábrica Nacional de Confites y Galletas”; Jefe de Celadores, Luis Eduardo Arenas, “*ebanista* de fama”.

(1) *Ibid.*, febrero 17 de 1934. “Debe ser (el obrero) de buena conciencia y por consiguiente cuidar de desempeñar sus deberes y de ejecutar las obras que se le encomienden con exactitud y honradez, pues en muchos casos las labores no quedan bien ejecutadas, no por falta de facultades y de inteligencia, sino por pereza y despreocupación” *Ibid.*

(2) *Ibid.* “Es un defecto muy frecuente en algunos el llegar tarde a su trabajo y esto es necesario que se corrija, pues perjudica a los empresarios y por consiguiente al obrero mismo” *Ibid.*

(3) *Ibid.*, febrero 6 y 13, marzo 5 y 18, de 1932

En otros cargos: Arturo Palacio Mejía, *empleado* de la Asociación Social Católica, “escritor y orador”; Víctor Adarve, *electricista*; Rubén Amaya, exconcejal de Medellín y “*sastre* de reconocida fama”; Carlos E. Ortiz, *taquillero* y portero; Eusebio Ochoa, *músico* y Ramón Soler, *profesor de teatro* (1).

Dando a estos datos un valor meramente indicativo, ya que sólo este *Centro* agrupaba en 1933 cerca de 2.600 trabajadores (2), se destaca ante todo el predominio de las ocupaciones de la pequeña burguesía sobre los obreros de las empresas fabriles. En los *Centros* rurales prevalecía el elemento artesanal y campesino. En conjunto, es posible suponer que el obrero fabril estuviera marcado por la mentalidad de la pequeña burguesía y participara de su predominio en los *Centros* (3). Esto podría explicar, en parte, cómo el asalariado de las manufacturas no constituyera ni por su ideología ni por su actuación un elemento independiente.

Un examen, hasta donde lo permiten los datos, del número de *Centros Obreros* y de su distribución geográfica, así como de la cantidad de individuos que agrupaban, permite obtener una idea aproximada de la magnitud de la influencia de la Acción Católica sobre las masas trabajadoras de Antioquia. Funcionaban, en 1933, un total de 37 *Centros*: 23 en la ciudad y en el valle de Medellín y 14 en la zona rural; otras 5 sociedades rurales todavía no se habían federado en ese año, aunque pensaban hacerlo (4). Los 37 *Centros* agrupaban cerca de 23.000 trabajadores (5).

Los *Centros Obreros* de la ciudad de Medellín, dispuestos en barrios edificados en torno a las principales fábricas, eran: El *Centro San José*, con 2.643 obreros inscritos; el *Centro Sucre*, 160 trabajadores; el *Centro Gerona*, 230; el *Centro Guayaquil*, 93; el *Centro Las Estancias*, 105; el *Centro La América*, 600; el *Centro Tenche*, 123; el *Centro Belén*, 239; el *Centro San Cristóbal*, 360; el *Centro Robledo*, 125; el *Centro La Mansión*, 164; el *Centro Rincón Santo*, 187; el *Centro Guayabal*, 106; el *Centro Altavista*, 138; el *Centro El Poblado*, 285; el *Centro Los Fundadores*, 180; el *Centro Enciso*, 40; el *Centro Berlín*, 32 (6).

Los *Centros* del Valle de Medellín se organizaron en poblaciones que tenían ya algunas fábricas: El *Centro de Bello*, donde funcionaban la Empresa Textil de Bello, Fabricato y los Talleres del Ferrocarril, con 400 obreros; el *Centro Itagüí*, donde operaba la Cervecería Unión, con 230; el *Centro La Estrella*, donde trabajaba Tejidos Unión, con 390; el *Centro Caldas*, con Locería Colombiana y Vidrios Fenicia, con 600; el *Centro Copacabana*, con 400 y el *Centro Prado* con 380 (7).

Los 14 *Centros* rurales, dispuestos en los centros parroquiales y predominantemente en la región del Oriente de Antioquia, eran: el *Centro Guarne*, con 650 trabajadores; el *Centro Cisneros*, con 623; el *Centro Yolombó*, con 800; el *Centro*

(1) *Ibid.*, junio 22 de 1935; marzo 20 de 1937; marzo 18 de 1933.

(2) *Ibid.*, marzo 18 de 1933.

(3) El ideal de hacer de cada trabajador un propietario era aspiración difundida ampliamente desde El *Obrero Católico* y en los *Centros Obreros*, y defendida por parlamentarios paladines de la Acción Católica, como el abogado José Roberto Vásquez, concejal de Medellín y representante a la Cámara El *Obrero Católico*, mayo 6 de 1933

(4) *Ibid.* marzo 18 de 1933

(5) *Ibid.*

(6) *Ibid.*

(7) *Ibid.*

Girardota, con 580; el *Centro Armenia*, con 600; el *Centro Rionegro*, 255; el *Centro El Carmen*, 1.300; el *Centro Granada*, 1.100; el *Centro San Roque*, 400; el *Centro Amagá*, 500; el *Centro Abejorral* 1.500; el *Centro Puerto Berrío*, 1.000; el *Centro Jericó*, 700 y el *Centro Montebello*, 430 (1).

Aunque la preponderancia de Medellín y su papel dirigente es inobjetable (2), basándose en estas últimas cifras es posible trazar un mapa válido de la influencia de la Acción Católica en Antioquia. Por tanto, cabe hacerse interrogantes como el siguiente: ¿qué proporción de campesinos y artesanos, que emigraron al Valle de Medellín y fueron absorbidos por sus fábricas, procedían de estos *Centros* rurales donde habían adquirido una formación moral y religiosa y una educación para el trabajo? (3).

IV. GREMIOS, UNIONES Y SINDICATOS CATOLICOS EN ANTIOQUIA

La Acción Social Católica no limitó su acción a los *Centros Obreros*, sino que, a través de ellos, ayudó a fundar o reorganizar gremios, uniones y sindicatos, ampliando así su cobertura aún más. Así, agremiaciones como el *Sindicato de Barberos* de Medellín, fundado en 1930 por la Acción Católica, y organizado por ella “científicamente con el fin de auxiliarse mutuamente”, funcionaba en 1932 con dos sacerdotes de la Acción Católica, como conciliarios (4). La *Unión de Artes Gráficas* fue fundada en 1933 con colaboración del fundador de la Juventud Obrera Católica, a raíz de la huelga de tipógrafos dirigida por un “jefe comunista” (5). El mutuo auxilio de esta misma *Unión* fue organizado por el Presidente de la Congregación Obrera de San José, Arturo Palacio (6).

Otro sindicato bajo influencia de la Acción Católica, a mediados de los 30, era el importante *Sindicato Industrial de Trabajadores de Hilados y Tejidos*, en cuya directiva figuraban algunos de sus miembros (7). También, el *Sindicato ferroviario* de Bello, donde la Acción Católica había creado, desde 1932, una sección de auxilio y ahorro a los obreros del Taller del Ferrocarril de Antioquia (8). Sin embargo, hay que anotar que la influencia de la Acción Católica en los sindicatos de los servicios públicos estaba muy limitada, prevaleciendo en ellos el influjo de la C.T.C., después de 1935.

(1) *Ibid*

(2) Así, la **Presidencia** de la “CONGREGACION GENERAL DE OBREROS DE SAN JOSE”, nombre general de la organización de los **Centros Obreros**, estuvo férreamente controlada por la Acción Católica y se rotó, entre 1927 y 1939, en pocos miembros

1927-1928	Félix Obando, fotógrafo
1929-1930	Rubén Amaya, exconcejal de Medellín y sastre
1930-1931	Félix Obando
1931-1934	Arturo Palacio M., empleado de la Acción Católica.
1934-1935	Ismael Lopera, director de <i>El Obrero Católico</i> .
1935-1937	Arturo Palacio M.
1937-1938	Jesús Mejía U., médico y presidente de la Congregación Obrera .

Fuente: *El Obrero Católico*, marzo 20 de 1937 y abril 2 de 1938

(3) Así, en el *Centro* de Guarne se les daba instrucciones a los cultivadores de la cabuya. *Ibid.*, junio 22 de 1935.

(4) *Ibid.*, abril 9 de 1932

(5) *Ibid.*, noviembre 30 de 1935.

(6) *Ibid.*, septiembre 22 de 1934.

(7) *Ibid.*, junio 22 de 1935.

(8) *Ibid.*, febrero 2 de 1935.

Con enlaces permanentes con la masa, con conocimiento concreto de la vida y del trabajo real de los obreros y, por tanto, con importantes puntos de apoyo en las distintas empresas de Antioquia, la organización masiva y federada, casi con las características de un partido aunque sin llegar a serlo (1), con la que la Acción Católica organizó a los obreros antioqueños se constituyó en una barrera formidable contra la cual chocaron muchas organizaciones políticas en su empeño de penetrar los grandes sindicatos industriales de Antioquia.

V. EL PAPEL DE LOS OBREROS CATOLICOS EN LAS HUELGAS

El examen rápido de un documento escrito por uno de los participantes en la famosa huelga del Ferrocarril de Antioquia, en 1934, permite apreciar en toda su importancia la fortaleza de la organización católica contra la cual tropezó el Partido Comunista (2).

En tanto que el sindicato ferroviario estaba influenciado por sindicalistas católicos: “El sindicato ferroviario o sea el grupo de líderes amarillos que lo monopoliza, proclama y practica además las prácticas formas del ‘sindicalismo cristiano’, basado en la encíclica del Papa León XIII del 15 de mayo de 1891... Como es de estilo en estos sindicatos, se tenía un abogado *especialista*, líder de la Acción Social Católica y que... en su calidad de apoderado redactó el pliego de peticiones” (3); el partido comunista no contaba prácticamente con ningún apoyo: “Hay que decir que el partido comunista no tenía nada en el ferrocarril. Ni una célula, ni un grupo de oposición sindical revolucionario, ni grupos de simpatizantes. La mayor debilidad del trabajo del partido en Antioquia consiste en no haber hecho prácticamente nada en las empresas fundamentales... Incluso *sin un solo obrero ferroviario en sus filas*”

(4). El pliego de peticiones se refería a la fijación de la jornada máxima de ocho horas, el aumento de salarios, la demanda de un reglamento interno de la empresa y el no ejercer represalias por el pliego. La huelga fue declarada el 2 de junio por el sindicato ferroviario y debido a la solidaridad desarrollada por las organizaciones sindicales de los servicios públicos de Medellín: tranviarios, metalúrgicos, electricistas, telefonistas, obreros del acueducto, sastres, zapateros y choferes, se llegó casi a paralizar toda la ciudad durante una semana. Durante el paro, el partido orientó su acción hacia la creación de un *comité de huelga* pero estuvo siempre muy aislado de los diversos gremios y capas sociales que participaron en él: “Mientras existía una masa de huelguistas de más de 10.000; de 2 a 3.000 desocupados; de gran número de empleados; de sectores del estudiantado universitario que declaraban la huelga; de varios miles de población laboriosa huelguista; a tiempo que estallaba la huelga en el ferrocarril de Caldas y que una serie de conflictos maduraban rápidamente, el Parti-

(3) ¿Por qué razón? La **Congregación General** de los **Centros Obreros** siempre declaró “la independencia de la Congregación de toda idea política, ya que... a ella pertenecen individuos de todos los Partidos”. Ibid., abril 23 de 1932. Más generalmente, como señala Gramsci, “a medida que cada Acción Católica se extiende y deviene un organismo de masa, tiende a convertirse en un verdadero partido, cuyas directivas son impuestas por las necesidades internas de la organización; pero este proceso jamás puede convertirse en orgánico precisamente por la intervención de la Santa Sede” **Obras de Antonio Gramsci**, Vol. 1, Juan Pablos Editor, 1975, pág. 229.

(4) Torres Giraldo, I. “Huelga general en Medellín”, 1a. Ed. 1934, 2a. Ed. Editorial Leaton, Medellín, 1976.

(5) Ibid., págs. 16 y 19.

(1) Ibid., pág. 21.

do Comunista, los partidarios de la Internacional Sindical Roja y en general los elementos revolucionarios influenciados por nosotros, CONTINUABAN SIENDO MUY DEBILES en número, en organización y, sobre todo, ideológica y políticamente” (1).

Al finalizar el paro, los objetivos de los ferroviarios sólo se alcanzaron en parte. En el balance de la actividad del partido, Torres Giraldo estimaba que las tareas nunca llegaron a realizarse plenamente, la debilidad de los “cuadros” había sido muy notoria y el enlace con la masa continuó sin establecerse (2). Torres Giraldo atribuyó, entonces, el fracaso a la debilidad del partido olvidando la fortaleza del adversario y, sobre todo, no cayendo en cuenta, aunque lo menciona, que más allá del enfrentamiento terrible entre liberales y conservadores durante la huelga, estaba la Acción Católica que manejaba muchos de los resortes del mundo del trabajo en Antioquia. En primer lugar, el control de la propaganda a través del sindicato católico de tipógrafos: “El partido, dice Torres Giraldo, no estaba en capacidad de editar su propia propaganda. Ante la negativa de todas las tipografías, no supo moverse a provincia en busca de tipografías clandestinas” (3). En segundo término, el contacto con la masa: “La más seria dificultad inmediata radicaba en que a la cabeza de las manifestaciones se encontraban PERMANENTEMENTE grupos de ‘manzanillos’ activistas... que ayudaban a los huelguistas, a conservar *moderación y serenidad*, dando a las manifestaciones un carácter de *paseo cívico*, de *jolgorio patriótico-musical*” (4). En estas demostraciones, la actividad de los “cuadros cristeros”, como los llamaba Torres Giraldo, contrastaba con la debilidad de los “cuadros” del partido. De otra parte, la imposibilidad de la masa de obreros de actuar independientemente respecto al espíritu de los *Centros* o a la mentalidad religiosa del medio: un principio de acuerdo fue saludado de modo tan entusiasta por la directiva sindical ferroviaria “que esa misma noche, en el local del sindicato, presentaron y aprobaron por unanimidad una proposición de *gracias a Dios y al cielo*, la cual terminaba por *entronizar a Cristo Rey* en el salón de sus sesiones” (5). En fin, el partido había fracasado en ligar las grandes peticiones con las “reivindicaciones *pequeñas* que rodean al obrero en el lugar de su trabajo, en su vida” (6), trabajo en el cual la Acción Católica venía empeñada desde tiempo atrás, aprovechando para ello los resortes más sensibles del pueblo antioqueño (7). En este empeño, la Acción Católica fundó a los ferroviarios de Bello pocos meses después una *Caja de Ahorros* (8).

(1) *Ibid.*, pág. 58.

(2) *Ibid.*, págs. 26, 64-65.

(3) *Ibid.*, pág. 66.

(4) *Ibid.*, pág. 55.

(5) *Ibid.*, pág. 34.

(6) *Ibid.*, pág. 65.

(7) **El Obrero Católico** comentaba así la huelga ferroviaria: “La redención que no han podido hacer las huelgas, los movimientos de rebelión y de matanza que promueven los políticos interesados en puestos y en contratos leoninos, el desconocimiento de las autoridades legítimas y las arbitrariedades de las masas enceguedidas y carniadas por personajes ocultos y por manos escondidas, la está haciendo a la luz pública, pacíficamente, sin estruendos, la Acción Social Católica, por medio de cajas de ahorros, de las sociedades de mutuo auxilio y de las secciones de entierros... en lo cual se aprovechan los resortes más tensos del pueblo antioqueño, que son la fe de sus mayores y su previsión para el futuro en el campo económico.” **El obrero Católico**, julio 7 de 1934.

(8) *Ibid.*, febrero 2 de 1935.

VI. EL CONTROL DEL “TIEMPO LIBRE” DEL OBRERISMO

En el marco de las condiciones políticas y económicas del país a mediados de los años 30, este conflicto de los ferroviarios antioqueños no fue sino el primero de una serie de paros y huelgas, sin antecedentes en Antioquia, en los transportes, servicios públicos y empresas fabriles. En los medios obreros de la región se percibía un espíritu de crítica y de rebeldía desconocido antes (1). En conjunto, la Iglesia parecía perder terreno en algunos lugares; por ello, la mejor organización que desde enero de 1934 se le había dado a la Acción Católica, a través del *Secretariado Social* que procuraba una centralización aún mayor de todas sus obras, buscaba estrechar más las filas de sus militantes y oponer así una resistencia superior (2).

Algunas de las reformas sociales del gobierno liberal ofrecían, precisamente, la posibilidad de que en los sectores obreros se debilitara aún más el influjo de la Iglesia. Tal era el caso del Decreto 895 del 26 de abril de 1934 que reglamentaba la jornada máxima de trabajo en el país a ocho horas diarias, con lo cual se corría el riesgo que, al menos desde la perspectiva de la Iglesia, las masas trabajadoras dedicarían más tiempo a las inquietudes políticas.

¿Cómo fue percibido en los diversos sectores de la opinión pública antioqueña la medida de la reducción de la jornada de trabajo? Ante todo, es necesario tener presente que la norma general en las principales empresas fabriles, en especial las textiles, era una jornada de 10 y hasta 11 horas diarias para trabajos especializados. Algunos jóvenes industriales vincularon, en principio, la medida con un mayor empleo: “Para resolver la empresa la cuestión de las ocho horas de jornada -decía Carlos J. Echabarría, directivo de Coltejer- ha resuelto establecer dos turnos de trabajo, con el fin exclusivo de que la jornada de las ocho horas no disminuya la producción, lo que resultaría de gran perjuicio para la economía nacional, pues las telas que no produzcan las fábricas del país, tendrían que ser introducidas necesariamente del exterior para atender la gran demanda que hoy tienen estos productos en los mercados nacionales. Los dos turnos naturalmente nos obligará a aumentar el personal o mejor dicho a duplicarlo dándole trabajo a mil obreros en vez de quinientos” (3). Otros, nos desligaban el problema de un mejoramiento del obrerismo y de la igualdad de condiciones de competencia, sobre todo para empresas que ya habían adoptado la medida. Así, los señores Medina, propietarios de *Tejidos Unión*, enviaron el siguiente comunicado al Ministro de Industrias: “Francisco José Chaux. Bogotá. Felicitamos cordialmente su señoría por decreto ochocientos noventa y cinco (895) de abril veintiséis (26) reglamentario trabajo nacional en establecimientos industriales. Muy respetuosamente suplicámosle encarezca inspectores seccionales cumplir fielmente decreto fin evitar desequilibrio desfavorable a empresas acaten rigurosamente obligaciones fijales decreto. Servidores Tejidunión” (4).

(1) *Ibid.*, junio 22 de 1934.

(2) Con el *Secretariado Social* “se conseguirá la unidad de plan, la unidad de labor y se formará una fuerza de cohesión para conseguir el implantamiento de la justicia dentro de las normas de la Iglesia... Lo mismo que de los Centros Obreros podemos decir de las Juventudes Católicas, de las Vanguardas, de los Patronatos, de las Casas de Beneficencia, de las Gotas de Leche, de las Protecciones de los jóvenes, etc., y de esta manera, con una federación absoluta, aprovechando las fuerzas hoy dispersas, la Acción Católica llenará su cometido en la Sociedad”. *Ibid.*, enero 20 de 1934.

(3) *El Colombiano*, junio 16 de 1934.

(4) *El Diario*, Medellín, mayo 1º de 1934.

Desde la perspectiva del obrerismo antioqueño, la medida del Gobierno fue apoyada como indispensable para disminuir el desempleo y mejorar las condiciones de trabajo: “Medellín, mayo 16 de 1934. Excelentísimo Presidente República, Jefe Oficina General Trabajo. Bogotá. Informados gestiones adelantan algunos industriales sentido frustrar cumplimiento jornada ocho horas, nombre núcleo numerosísimo trabajadores representamos, encarecemos Poder Ejecutivo negarse enérgicamente atender insinuaciones personas interesadas contra mejoramiento clase obrera. Aseguramos Antioquia no existen dificultades cumplimiento decreto justiciero que no sólo defiende raza, mejora industria, sino amplia campo trabajo desocupados. Respetuosamente, Sindicato Industrial de Trabajadores. Pablo Estrada, Presidente” (1).

Las opiniones de la prensa antioqueña, *El Colombiano*, *La Defensa*, *El Pueblo*, etc., no diferían, en esencia, de los anteriores conceptos. En Bogotá, *El Tiempo* no se apartó de una estimación puramente política de la medida en vistas a un mejoramiento de las clases trabajadoras, a la vez que acusó a algunos industriales antioqueños de querer eludir el cumplimiento del decreto (2). En regiones de menor desarrollo industrial, como *El Valle*, se vio con preocupación la posibilidad de limitación del espíritu empresarial: “Uno de los más grandes peligros del ensayo que hoy se va a iniciar en Colombia (es) que influya desfavorablemente, merme la eficiencia a las fábricas, que retraiga a las personas de capacidad monetaria y de iniciativa y las haga desistir de sus proyectos de fundar nuevas empresas” (3).

Necesario es subrayar cómo los industriales antioqueños, en la práctica, se apartaron de sus opiniones iniciales. Fue así como en las grandes empresas textiles, lejos de aumentar el personal, se introdujeron importantes reformas administrativas y técnicas para obtener una mayor eficiencia en el trabajo. En primer término, se generalizaron los sistemas de pago a contrato mediante los cuales los obreros devengaban un sueldo de acuerdo con el rendimiento que les sacaban a las máquinas; se mejoraron los sistemas de liquidación de producción por obrero y se efectuaron traslados internos de personal, así como algunos despidos de personal superfluo (4). Asimismo, se importaron equipos de hilandería y tejidos equipados de contadores para marcar la producción del obrero (5).

De este modo, en Antioquia el decreto 895 tuvo como efecto inmediato la intensificación del trabajo en las fábricas a través de nuevos métodos y técnicas de producción. La medida impulsó, pues, a los industriales antioqueños a intentar, quizá por primera vez en el país, un mejoramiento de la productividad del trabajo industrial.

Ahora bien, en el modo como la Iglesia antioqueña, a través de las directivas de la Acción Social Católica, planteó el problema de la reducción de la jornada de trabajo, con una lucidez que es necesario destacar, se dio un paso, acaso más avanzado que el de los mismos industriales, en el desarrollo de la productividad del trabajo en Antioquia.

(1) *El Colombiano*, mayo 17 de 1934.

(2) *El Tiempo*, mayo 13 de 1934.

(3) *El Herald Industrial*, Cali, junio 23 de 1934.

(4) *El Colombiano*, enero 14 de 1936. *La Defensa*, junio 21 de 1935.

(5) *La Defensa*, *ibid*

Como se ha visto ya, la Acción Católica se venía preocupando de un tiempo atrás por el problema del ocio de los trabajadores. Al establecerse oficialmente el decreto 895, la Acción Católica empezó a plantear el asunto de una manera radical: el problema no era tanto el de la reducción de la jornada de trabajo sino el del *aumento del tiempo libre del obrero*:

“Con la fijación de la jornada de ocho horas que hoy es obligatoria en la mayor parte de los países, se presenta otro (problema) de mayor importancia, delicadeza y trascendencia, cual es la aplicación que los trabajadores han de dar a las 16 horas que les quedan libres de sus faenas cotidianas. Porque no tiene eficacia la fijación de la jornada mínima del trabajo, SI NO SE PROVEE POR TODOS LOS MEDIOS APROPIADOS AL BUEN USO DEL TIEMPO QUE TIENE DISPONIBLE EL TRABAJADOR, después de las labores en virtud de las cuales se gana el pan” (1).

Por consiguiente, lo importante era lo que se debía introducir en ese tiempo disponible, ya que de lo que se incorporara en él dependía no sólo la suerte individual del trabajador, sino, ante todo, *su rendimiento en el puesto de trabajo*:

“Es punto de meditación, no la jornada limitada de las 8 horas sino más bien las horas de vagancia, las horas de desocupación. El empleo de este tiempo es el que ha de dar al hombre que vive del sudor de su frente la tranquilidad de conciencia, la salud de su cuerpo y EL REPOSO PARA LAS NUEVAS JORNADAS. No ha sido el trabajo el que ha diezmando la raza. Ha sido el tiempo del desempleo, cuando libre de labores el obrero ha buscado lo que dice merecer y abandonado a su ignorancia, sin importarle al Estado, ni a la ley, ni a los patronos, va de taberna en taberna alcoholizándose. INCAPACITANDOSE PARA EL DIA SIGUIENTE, gastando los centavos que son de su mujer y de sus hijos” (2).

Este sí era un problema realmente estratégico para el país, respecto al cual, paradójicamente, no habían reflexionado ni el Gobierno, ni los industriales ni los “voceeros” de la clase obrera: “Los que se llaman socialdemócratas y los gacetilleros baratos que trajinan con media docena de adjetivos por ciertas columnas periodísticas, reclaman para su pueblo la limitación de la jornada y el salario mínimo. Pero ninguno se ha detenido a estudiar el empleo del dinero devengado o del tiempo libre fuera del taller o de la fábrica” (3).

Planteado con esta nitidez el problema, los elementos de su solución (que el Estado debía asumir como función propia) eran claros:

(1) El *Obrero Católico*, mayo 19 de 1934. Subrayado de Alberto Mayor

(2) *Ibid.*, mayo 26 de 1934. Subrayado de Alberto Mayor

(3) *Ibid.* “Se nos dirá que ocho de esas horas restantes corresponden al descanso, al sueño. Y eso está bien. Pero y las otras ocho que quedan? ¿Para diversiones? ¿Para pequeños viajes de instrucción y entretenimiento? ¿Para permanecer en las cantinas y en los cafés malgastando las energías físicas, las reservas morales y el salario? ¿O para qué?” *Ibid.*, mayo 19 de 1934.

“Conviene mucho que los gobiernos se pregunten qué va a hacer el obrero con el tiempo que le quedará libre en lo sucesivo y que establezcan las instituciones en beneficio del trabajador y en provecho de la sociedad. Se nos ocurre de paso, y para anotarlo ligeramente en este comentario, que serían de gran utilidad LAS ESCUELAS DE ARTES Y DE OFICIOS donde pudieran ir los obreros a recibir instrucción apropiada durante el tiempo que les queda libre; LOS CAMPOS DE DEPORTES Y LOS JUEGOS FISICOS; LOS TEATROS SANOS, no estos que entre nosotros como en todo el mundo, fomentan por lo regular el vicio, en todas sus formas; LOS VIAJES Y EXCURSIONES CORTAS de carácter educativo, que bien pudieran consistir en ESTUDIOS EXPERIMENTALES de la tierra, de las condiciones sociales de los distintos lugares, de historia de las regiones que se visiten, etc.” (1).

De este modo, la solución no se refería a la mera evasión hacia tareas laterales, ni siquiera hacia actividades puramente religiosas, sino a ocupaciones *complementarias al trabajo* del obrero y que, al mismo tiempo, ofrecieran fuera del trabajo un cierto equilibrio psicofísico al trabajador. El tiempo del no-trabajo se concebía, así, en función del tiempo de trabajo, y éste era un elemento realmente innovador y dinámico para la economía de Antioquia.

Pero como ni el Estado, ni los patronos, ni los voceros de la clase obrera asumieron el problema, la Acción Social Católica tomó para sí, al menos en Antioquia, aquellas tareas. En efecto, desde 1934 orientó su actividad de modo especial hacia el *control social* de aquellos factores que tendieran a desorganizar la vida del obrero fuera del trabajo. Se reintrodujeron en el tiempo de ocio de los obreros cierto número de actividades que, a largo plazo, coincidieron con la exigencia de una industrialización rápida en Antioquia y, correlativamente, con la necesidad de obtener un trabajador altamente productivo, sólo posible allí donde se lograra un relativo equilibrio entre el trabajo de las fábricas ahora intensificado por los nuevos métodos de producción y una vida de ocio regulada, frugal y sin excesos.

En el marco de una política coherente, la primera preocupación la constituían los días festivos, los fines de semana o las vacaciones anuales de los obreros. Un examen detallado de *El Obrero Católico* entre 1934 y 1944 permite apreciar cómo durante esos períodos libres la Acción Católica programó numerosos paseos y excursiones a los diferentes municipios de Antioquia, organizados por la *Congregación Obrera de San José* a los obreros de las fábricas y de los *Centros*. Por lo común, se reunían dos o tres centenares de trabajadores de Medellín, acompañados por delegaciones de los *Centros* de Itagüí, Guarne, La América, Belén o Bello (2).

En segundo lugar, la Acción Católica inició toda una campaña de apoyo a las *Escuelas Dominicales*, anexas a los *Centros*, y de creación de los famosos *Círculos Obreros* para la educación del trabajador (3). Especial atención recibieron los medios de comunicación que tendían a ocupar una fracción cada vez más

(1) *Ibid.*, mayo 19 de 1934. Subrayado de Alberto Mayor.

(2) *Idem.*, ediciones 1934-1944.

(3) *Ibid.*, noviembre 10 de 1934. Mayo 29 de 1937.

importante de los ocios, con el progresivo proceso de urbanización del país. Ante todo, el cine; mediante la censura cinematográfica a través de *El Colombiano*, *El Obrero Católico*, *El Pueblo*, *La Defensa*, etc., se procuraba un cine seleccionado y edificante que contrarrestara los efectos nocivos iniciales del consumo masivo de los espectáculos. De otro lado, en las primeras emisoras de Medellín se crearon programas de orientación religiosa y moral que buscaban llenar el tiempo de descanso de las masas. El más popular fue *La Hora Católica*, fundado en 1935 por la Acción Católica y emitido por la Emisora Philco (1). Además, *El Obrero Católico* se divulgó más profusamente entre el pueblo mediante una difusión más ordenada, alcanzando tirajes realmente elevados: el periódico, cuyas ediciones en 1930 lograban solo 3.000 ejemplares a la semana, llegó en septiembre de 1934 a 10.000 y en 1943 a los 18.000 ejemplares semanales (2). Finalmente, el deporte fue impulsado con los mismos objetivos, aunque sin alcanzar la dimensión que adquiriría en las fábricas antioqueñas en los años 50.

La reducción de la jornada en 1934 tuvo, pues, en Antioquia como efecto inmediato una mayor intensificación del trabajo fabril mediante nuevos métodos de operación, lo cual se tradujo en una mayor productividad. A largo plazo, tuvo como consecuencia el control del tiempo libre del obrerismo y, por tanto, un efecto mucho más duradero y permanente sobre la productividad. Para Antioquia fue clave, por consiguiente, que, en un momento en que el Estado reglamentó la jornada máxima de trabajo, las mismas causas que obligaron a las empresas fabriles a intensificar el trabajo del obrero sirvieron a este último, mediante el control del tiempo libre ejercido por la Iglesia, para una mejor adaptación psicológica a los métodos de intensificación de la producción (3).

VII. LAS HUELGAS EN LAS FABRICAS Y LA NECESIDAD DE MAYORES CONTROLES

Sin duda alguna, la legislación obrera estaba aún lejos de cumplirse totalmente en muchas industrias antioqueñas, mientras que en otras prevalecía todavía una administración autocrática. *El Obrero Católico* censuraba esta situación: “No es justo que a las seis de la mañana se abran las puertas de la fábrica o del taller, para volverse a cerrar a las mismas horas de la tarde, dejando sólo una hora al trabajador para el almuerzo, y un cuarto en el medio día para un pequeño refrigerio, y que luego se le pague un jornal de quince, veinte centavos... No es justo que una pobre obrerita llegue a la fábrica o al taller pasados cinco minutos de haber sonado la campana que ordena el trabajo, y por eso se le cierre por toda la mañana la puerta del establecimiento, y pierda así medio día de jornal infeliz... No es justo que tan pequeños motivos cercenen la ración de hambre que pagan los capitalistas. Oid, patronos: ‘El jornal que defraudáis a los trabajan, clama venganza al cielo’, ha dicho el gran León XIII” (4). Por ello, la Acción Católica aconsejaba a los patronos la práctica de

(1) *Ibid.*, mayo 25 de 1935.

(2) *Ibid.*, octubre 27 de 1934. Diciembre 18 de 1943.

(3) ¿Por qué la Acción Católica y sólo ella pudo plantear con claridad el problema? Es un hecho que los jesuitas de la Acción Católica estaban muy al tanto de los problemas obreros de Europa y mantenían contactos directos con la OIT (*El Obrero Católico*, marzo 9 de 1935). Pero que la Iglesia haya podido plantear con nitidez el asunto debido a que desplegara en Antioquia una importante actividad capitalista o sus miembros estuvieran ligados al mundo de los negocios, es una hipótesis que merece ser investigada.

(4) *El Obrero Católico*, febrero 17 de 1934.

ciertos principios: "Si el patrono fuera cristiano en el amplio sentido del vocablo, podría hacer estas tres o cuatro cosas sencillas: pagar salarios altos, aunque se diga que su mano de obra es cara y aunque se diga que sus ganancias son menores que las de fulano de tal; podría repartir el beneficio de su empresa con los obreros, por medio de la participación en los beneficios, un buen régimen y no una participación irrisoria que es la que muchas veces se hace; podría dividir su propiedad con los obreros y empleados por medio de la acción de trabajo -acciones individuales o colectivas" (1).

Sin embargo, durante 1935 las huelgas continuaron con más fuerza en Antioquia; en las trilladoras, en la compañía minera de Segovia, en Coltejer y en la Locería de Caldas (A), en la Planta Pausterizadora Municipal, etc. En estos conflictos se ponía de manifiesto, primero, cómo las huelgas en Medellín tenían la tendencia a derivar fácilmente hacia el *paro general*; segundo, el clima político creado por la república liberal brindaba un ambiente propicio a los paros; en fin, por lo general los empresarios terminaban por conceder después de las huelgas lo mismo que antes se habían negado a aceptar. Pero en 1936 algunas huelgas presentaron un contenido más inquietante.

En efecto, los pliegos obreros de Coltejer y Rosellón tuvieron un elemento de rechazo, quizá el primero en el país, a los métodos de racionalización del trabajo, introducidos a causa del decreto sobre la jornada máxima. En Coltejer, se solicitaba la estabilidad del personal y el reintegro de varios obreros despedidos por razones técnicas; "la suspensión del contrato por contador y reemplazarlo por el sistema de piezas" y el rechazo a las transferencias internas de personal que se habían traducido en rebajas de salarios (2). En Rosellón, aparte de algunos reintegros la petición esencial se refería al rendimiento individual del obrero, ya que se solicitaba el "control RESERVADO, por parte del Sindicato, de las liquidaciones de producción de estas obreras con el objeto de que no se les paguen salarios caprichosos" (3).

Dado que ambos pliegos tocaban la esencia misma de la autoridad empresarial y afectaban la productividad de las empresas, fueron enérgicamente rechazados: "No lo aceptamos -decía el gerente de Coltejer- por razones administrativas y de orden interno de la fábrica porque quedarían los obreros mandando en la fábrica y los empresarios como simples observadores. SERIA LA REVOLUCION ADMINISTRATIVA" (4). En Coltejer se resolvió declarar cesantes a quienes no concuerrieran a trabajar y el intento de huelga fue fácilmente dominado por la gobernación, la policía y los inspectores de fábricas. En Rosellón se declaró una huelga que duró varias semanas.

Los empresarios entendieron, entonces, que la represión política de los paros obreros debía ser complementada con métodos más refinados de coacción moral y psíquica. El propio gerente de Coltejer, ingeniero de la *Escuela Nacional de Minas*, Jorge Restrepo Uribe, y a la vez gerente del semanario católico *El Pueblo* (5), manifestó, en efecto, la necesidad de programar entre sus obreros unos *retiros espiritua-*

(1) *Ibid.*, febrero 2 de 1935.

(2) *El Colombiano*, enero 16 de 1936.

(3) *Ibid.*, enero 14 de 1936.

(4) *Ibid.*, enero 16 de 1936.

(5) *El pueblo*, marzo 21 de 1936

les y distribuirles las encíclicas pontificias. Poco después se realizaron en Coltejer los ejercicios espirituales a lo largo de una semana, durante la cual predicaron tres sacerdotes jesuitas. El personal directivo y de empleados participó en ellos con el mismo entusiasmo que el obrerismo. Al final, hubo misa en la misma fábrica, se entronizó en ella el Sagrado Corazón, se obsequió un desayuno a todo el personal y se repartieron, por orden del gerente, 400 ejemplares de la *Rerum Novarum* y de la *Quadragesimo Anno* entre los obreros (1). El semanario *El Pueblo* resumía así la eficacia de estos retiros: “Si los gerentes de todas las fábricas y establecimientos industriales se dieran cuenta de LA INFLUENCIA MORALIZADORA Y PACIFICADORA QUE EJERCEN EN EL ANIMO DE LOS OBREROS LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES, no retardarían por más tiempo la realización de esa misión espiritual en el seno de las fábricas” (2).

Desde entonces la Acción Católica amplió aún más la cobertura de los retiros, contando con una larga tradición anterior. En la mayoría de las fábricas de Medellín: Fabricato, Coltejer, Tejidos de Bello, Rosellón, Cervecería Unión, etc., llegaron a constituirse en una práctica arraigada una o dos veces por año. En la última de estas empresas, el principal impulsador era su gerente (3), José María Bernal, egresado también de la *Escuela de Minas*. Se extendieron igualmente a otros sectores del proletariado urbano de Medellín (4).

De este modo, los retiros se convirtieron en uno de los principales medios para lograr del obrerismo fabril el reconocimiento de la legitimidad de la autoridad política y patronal. A la vez, tendían a establecer vínculos más estrechos entre trabajadores y patronos. Por último, la atracción que brindaban varios días de reposo y de buen trato posibilitaban otras formas sutiles de control del tiempo de ocio.

En los medios patronales, la Acción Católica insistió en la generalización de ciertos *patrones de conducta*, ya existentes en el medio, que evitaran la lucha de clases; se hacía hincapié en la conveniencia de *anticiparse* a las peticiones obreras: “En el ejemplo de los últimos movimientos obreros, en que ha sido aceptada por los patronos casi la totalidad de las peticiones formuladas por trabajadores, encontramos asidero para esta pregunta: ¿por qué lo que se reconoció en virtud de las solicitudes obreras no había sido antes reconocido? Porque creemos que si los patronos hicieron esos reconocimientos y determinadas concesiones fue por haber hallado justos los unos y aceptables las otras... Una vez abierto este interrogante, nos preguntamos: ¿No hubiera sido más racional y conveniente para las empresas que han tenido que sufrir las solicitudes o las huelgas, haberse anticipado a estas y aquéllas reconociendo lo que cedieron y reconocieron después de la reclamación obrera?” (5).

(1) *Ibidem*.

(2) *Ibid.*, subrayado de Alberto Mayor

(3) *El Obrero Católico*, marzo 20 de 1937

(4) A falta de un documento mejor, el testimonio de un proletario urbano refleja la eficacia de los retiros: “Damos los más vivos agradecimientos por la invitación que se hizo al SINDICATO DE LUSTRABOTAS, pues no somos merecedores de tanta atención ya que nosotros somos unos simples y humildes trabajadores... Somos el rebaño descarriado por el camino del mal, pero que los buenos pastores no han dejado perder... Sabremos apreciar sus enseñanzas para que el intruso no pueda conspirar para arrastrarnos por el sendero de la iniquidad y sabremos hacer frente al sabotaje” *El Pueblo*, mayo 21 de 1938.

(5) *Ibid.*, enero 18 de 1936.

La legislación social laboral de avanzada que se alcanzó en Antioquia antes que en cualquier otra parte del país, no se logró, pues, sin resistencias y sin el aguijón de la Iglesia. Así, los propietarios de *Tejidos Unión*, que en 1943 ofrecieron a su personal obrero y de empleados pagar el valor de sus cesantías en acciones, convirtiéndolos en socios de la empresa (1), reconocían tácitamente ese hecho: “Los directores de las industrias antioqueñas estábamos acostumbrados a aumentar los salarios después de que nos echaran algo de piedra. A punta de piedra llegamos a ser muy buenos patrones” (2).

En resumen, la Iglesia, a través de sus métodos de coacción y persuasión, jugó un papel regulador decisivo en las relaciones obrero-patronales, impidiendo que el odio de clases en Antioquia alcanzara las características explosivas que se conoció en otras regiones del país.

VIII. HACIA EL SINDICALISMO CATOLICO

A comienzos de 1938, la Acción Católica señaló las directrices del movimiento sindical católico en el país: “a) En las fábricas y empresas, urbanas o rurales, donde los patronos cumplan las exigencias de la justicia social y de la caridad social, siendo satisfactorio el nivel de vida de los trabajadores y cristiano el trato que reciben, no fomentar la fundación de sindicatos para evitar en lo posible el odio de clases; b) en las fábricas o empresas donde no se cumplan satisfactoriamente los postulados cristianos contenidos en las encíclicas, no combatir los sindicatos existentes, a menos que sean abiertamente comunistas, y procurar que en ellos ingresen católicos firmes e influyentes que eliminen poco a poco a los comunistas. Si esto no fuere posible, fundar sindicatos católicos...; c) fundar al lado de estos sindicatos servicios de crédito obrero y los más que sean aconsejables y provechosos, pues así la labor de proselitismo será mayormente eficaz; d) en las parroquias rurales han de fundarse sindicatos agrícolas, aunque ellos no tuvieren por fin exclusivo defender a sus socios de injusticias sociales, sino solamente fomentar su bienestar moral y material...; f) cuando se presenten conflictos entre el capital y el trabajo y las peticiones de los obreros fueren justas, los católicos deben apoyarlas, no así en el caso de solicitudes injustas, y siempre excluyendo a los agitadores perniciosos” (3).

Este programa, que era lo bastante flexible como para admitir una sindicalización regulada y lo suficientemente sagaz al reconocer a los obreros y sindicatos católicos el derecho a formar un frente común con sindicatos de otras tendencias en cuestiones económicas, coincidió en Antioquia con la decadencia de los *Centros Obreros*. Estos habían evolucionado de la siguiente forma:

AÑO	NUMERO DE CENTROS OBREROS	NUMERO DE OBREROS (4)
1933	37	22.000
1934	37	25.000
1937	38	30.000

(1) El Mes Financiero y Económico, N° 72, mayo de 1943

(2) Ibidem.

(3) El Obrero Católico, enero 29 de 1938

(4) Ibid. marzo 18 de 1933, julio 7 de 1934 y marzo 20 de 1937

Pero después de 1937 habían empezado a debilitarse, pues el Presidente de la *Congregación Obrera de San José* informaba, en 1938, que de los 19 *Centros* que existían en Medellín, sólo quedaban uno o dos (1). Tanto los *Centros* urbanos como los rurales evolucionaban ya hacia ciertas formas de sindicalización. Así, en la parroquia del barrio *La América* de Medellín operaban en torno a las obras de la Acción Católica los sindicatos de carreteros, de albañiles y de agricultores, con más de 400 trabajadores agrupados alrededor de la caja de ahorros, auxilios mutos y escuelas dominicales (2). El párroco de Abejorral informaba que ya se habían recibido algunas conferencias sobre “sindicalismo cristiano y por eso no creo difícil que en un momento dado y de acuerdo a las circunstancias, esta parroquia puede ofrecer uno de los mejores sindicatos, por su calidad y por su número” (3). En Yarumal, la parroquia tenía “más de 1.200 sindicalizados divididos en cuatro gremios, así: obreros, obreras, campesinos y empleados” (4). En Remedios, el sindicato católico de mineros esperaba convertirse en una poderosa organización “ofensivo-defensiva contra el comunismo” (5). La tendencia era, pues, hacia la sindicalización, mediante la adopción de normas y estatutos modernos, aunque conservando ciertos elementos mutualistas.

En 1938, los 14 sindicatos afiliados a la Acción Católica en Antioquia constituían el 19% del total de afiliados de esta confederación en el país, mientras que los 19 sindicatos de la CTC en la misma región solo equivalían al 8.4% del total nacional de esta última (6). Con todo, las directrices trazadas condicionaban la creación de sindicatos a determinadas circunstancias, lo cual permitía regular el proceso de sindicalización. No es casual, entonces, que el Ministro de Trabajo asegurara que el movimiento sindical estaba perdiendo terreno en Antioquia en 1941, a pesar de ser el departamento de más rápido desarrollo industrial (7). De esta manera, la sindicalización de las grandes empresas se hizo bajo la vigilancia de la Acción Católica y bajo la dependencia de la jerarquía antioqueña (8). Así, el sindicato de Fabricato tuvo como principal impulsador de su fundación al capellán de la empresa, sacerdote Damián Ramírez (9), y lo mismo aconteció en otras grandes fábricas de Antioquia. De esta manera, la base para la UTC iba montándose desde entonces. Al mismo tiempo, los gérmenes de un *sindicalismo de industria* entre el obrerismo *fabril* antioqueño fueron ahogados y los famosos “paros generales” desaparecieron de Medellín.

IX. ACCION CATOLICA Y ADMINISTRACION CIENTIFICA DEL TRABAJO

En enero de 1938, la *Segunda Semana Social* organizada por la Acción Católica en Medellín aprobó una conclusión que, mirada desde cierto ángulo, podría inter-

(1) *Ibid.*, abril 2 de 1938.

(2) *Ibid.*, febrero 12 de 1938.

(3) *Ibid.*, febrero 19 de 1938.

(4) *Ibid.*, enero 21 de 1939.

(5) *Ibid.*, abril 2 de 1938.

(6) Anuario General de Estadística, Bogotá, 1939.

(7) Memoria del Ministro de Trabajo.

(8) *El Obrero Católico*, septiembre 9 de 1944

(9) *El Colombiano*, octubre 25 de 1944

pretarse como en contradicción con toda la tarea de defensa del obrerismo y de censura a los empresarios, que había llevado a cabo en Antioquia:

“Los postulados económicos de la Acción Social Católica han sido confirmados plenamente por la escuela más moderna y mejor orientada de la ECONOMIA INDUSTRIAL Y DE LA CIENCIA DE LA ADMINISTRACION” (1).

Por el contrario, el asunto no tiene nada de extraño si se piensa que, en Antioquia, dos desarrollos que hasta cierto punto venían discurriendo por cauces diferentes empezaron a coincidir en las primeras décadas de este siglo hasta llegar a fusionarse plenamente en la década del 30. De un lado, la educación moral y religiosa del trabajador antioqueño se remontaba, sin duda, a mucho tiempo atrás, aunque sin alcanzar el carácter *masivo* que le dio la Iglesia en los años 20 y 30, como se ha visto. De otro, la iniciativa que desde comienzos de este siglo partió de la *Escuela Nacional de Minas* de Medellín de dar a las empresas una organización técnica y administrativa eficaz, se había traducido en decisivos progresos, primero, en las industrias mineras, Ferrocarril de Antioquia y empresas públicas de Medellín y, luego, en las primeras industrias fabriles: Colombiana de Tabaco, Cervecerías y fábricas de gaseosas, Fabricato, Coltejer, etc. (2).

En el terreno práctico, estos dos desarrollos tendieron a coincidir. La escuela del “manejo científico” en la que se habían educado los egresados de *Minas* planteaba que la posibilidad de promover la riqueza material y la armonía social estaba, independientemente de cualquier consideración religiosa, en la aplicación de sus principios. Pero, en Antioquia, los ingenieros de la *Escuela de Minas* que empezaron a adaptar la “dirección científica” eran, al mismo tiempo, católicos integrales e incluso paladines de la Acción Católica. Así, para citar algunos casos, un Mariano Ospina Pérez, director de Ferrocarril de Antioquia y reorganizador de la Federación Nacional de Cafeteros; un José María Bernal, gerente de Cervecería Unión; un Jorge Restrepo Uribe, gerente de Coltejer o un Luis Palacio Cook, fundador y director de Pepalpa, eran tenidos en el medio antioqueño como grandes administradores a la par que católicos militantes.

Por otra parte, los métodos de administración y dirección del trabajo que impulsaba la *Escuela de Minas* iban encontrando en la labor educativa masiva de la Iglesia un complemento decisivo. La educación puritana del obrero antioqueño en el buen uso del tiempo, en el orden y honradez, en la adecuada utilización del tiempo libre para trabajar mejor después, la lucha contra el alcohol, etc., coincidía con los esfuerzos empresariales de reorganizar sus industrias o intensificar la producción. Las medidas de controlar el tiempo libre o de reforzar la coacción psíquica a través de los retiros espirituales, que procuraban cierto equilibrio psicofísico al trabajador, eran iniciativas puritanas, al estilo del fordismo americano, que la Acción Católica había tomado como función propia ante la falta de iniciativa de industriales y del Estado. En fin, los principios sociales de la Iglesia sobre el salario justo, el buen trato, la distribución de la riqueza, encontraban en la práctica del patronato católico

(1) El Colombiano, enero 21 de 1938.

(2) El movimiento de la “dirección científica” que se irradió desde *Minas* partía, por lo demás, del supuesto tácito de que ya existían ciertos niveles de calificación y disciplina en el trabajo, pero necesitaban una conducción más eficaz.

antioqueño: las alzas imprevistas y anticipadas, de salarios, la distribución de acciones, las primas móviles o la legislación laboral de avanzada, la mejor confirmación de su bondad.

En consecuencia, para la Acción Católica era evidente que la mayor eficiencia en las fábricas, merced a la aplicación del “manejo científico”, significaba también mayores ganancias para los empresarios y mayor salario para los obreros, a la vez que menos posibilidad de conflictos entre el capital y el trabajo. Simultáneamente, los empresarios antioqueños comprendían que una industrialización rápida e intensiva no podría llevarse a cabo sin el correlato de los *controles sociales* de la Iglesia sobre el obrerismo. Ambas corrientes llegaron a coincidir, pues, en cuanto a los métodos para desarrollar al tiempo una mayor riqueza material y un debilitamiento de la lucha de clases.

En este conexto es donde deben examinarse las ponencias y las conclusiones de la *Segunda Semana Social* de 1938. No es casual, por tanto, que una de las principales conferencias la dictara Mariano Ospina Pérez y, no por azar, sobre el tema “La organización del trabajo”, donde se proponía demostrar cómo la ciencia le estaba dando la razón a la doctrina social católica. “Quiso el Pontífice -decía Ospina Pérez- que el obrero fuese remunerado, que se limitasen las horas de trabajo y que se le tratase con humanidad y la Escuela Científica Americana demuestra que el trabajo excesivo produce menos, que el mal trato engendra violencia contra la empresa y que los salarios de hambre incapacitan al obrero para la producción. Quiso el Papa que el empresario no abusase del obrero; la teoría americana demuestra que tales abusos van contra la técnica y contra la empresa. La escuela del manejo científico demuestra que ‘standarizando’ el peso y la resistencia sufre menos el obrero, produce más y obtiene mejor salario. Quiso el Papa que el descanso dominical fuese norma en la vida del trabajo, y fisiológicamente se comprueba que el obrero sin reposo se fatiga y disminuye la capacidad productiva, al mismo tiempo que pierde anímicamente en alegría, entusiasmo y optimismo” (1).

Después de señalar Ospina Pérez que el liberalismo económico se había equivocado porque enunció los principios de la economía prescindiendo del hombre, de sus necesidades y sus tendencias, indicó lo que para la joven, pero ya poderosa, clase industrial antioqueña era tanto un diagnóstico como un derrotero: “Existen tres clases de patronos: unos que explotan al obrero; otros que quisieran darle un buen salario, pero por falta de técnica y mala administración no logran sus intenciones. Los terceros que pagan buen salario, comprenden al obrero, se interesan por sus necesidades y administran científicamente sus empresas. Con estos últimos, el problema social pierde fácilmente su agudeza y peligrosidad” (2).

Por tanto, las conclusiones propuestas por el mismo Ospina Pérez a la *Segunda Semana Social*, y adoptadas unánimemente, eran no sólo el plan de trabajo de la Acción Católica, sino también, en gran medida, el *programa de acción*, económico y social, de la burguesía industrial antioqueña:

“1o. El liberalismo económico cumplió ya su misión en relación con los problemas del trabajo y para contrarrestar la táctica comunista...

(1) El Pueblo, enero 29 de 1938.

(2) *Ibidem*

3o. A los comunistas sólo pueden oponérsele los católicos sociales.

4o. Los postulados económicos de la Acción Social Católica han sido confirmados plenamente por la escuela más moderna y mejor orientada de la economía industrial y de la ciencia de la administración, naturalmente sin la amplitud espiritualista cristiana de aquella...

8o. La solución del magno problema social del siglo XX sólo puede encontrarse en la aplicación sincera y leal de las normas de la escuela social y en el manejo científico y cristiano del trabajo'' (1).

Cuando en las industrias antioqueñas los problemas de la dirección del trabajo pasaron a primer plano debido a las dificultades económicas que creó la Segunda Guerra Mundial, a la expansión de la postguerra y a la introducción de la ingeniería industrial y del taylorismo en las fábricas en la década del 50, y la organización de la producción dependió en cierta medida de una ética del trabajo por parte de los obreros, los empresarios de Antiquia pudieron disponer de una serie de *controles sociales*, en especial sobre el tiempo libre de la clase obrera, que sirvieron de cobertura social para un más rápido desenvolvimiento de la productividad del trabajo y, por tanto, para una mayor acumulación de capital.

(1) El Colombiano, enero 21 de 1938